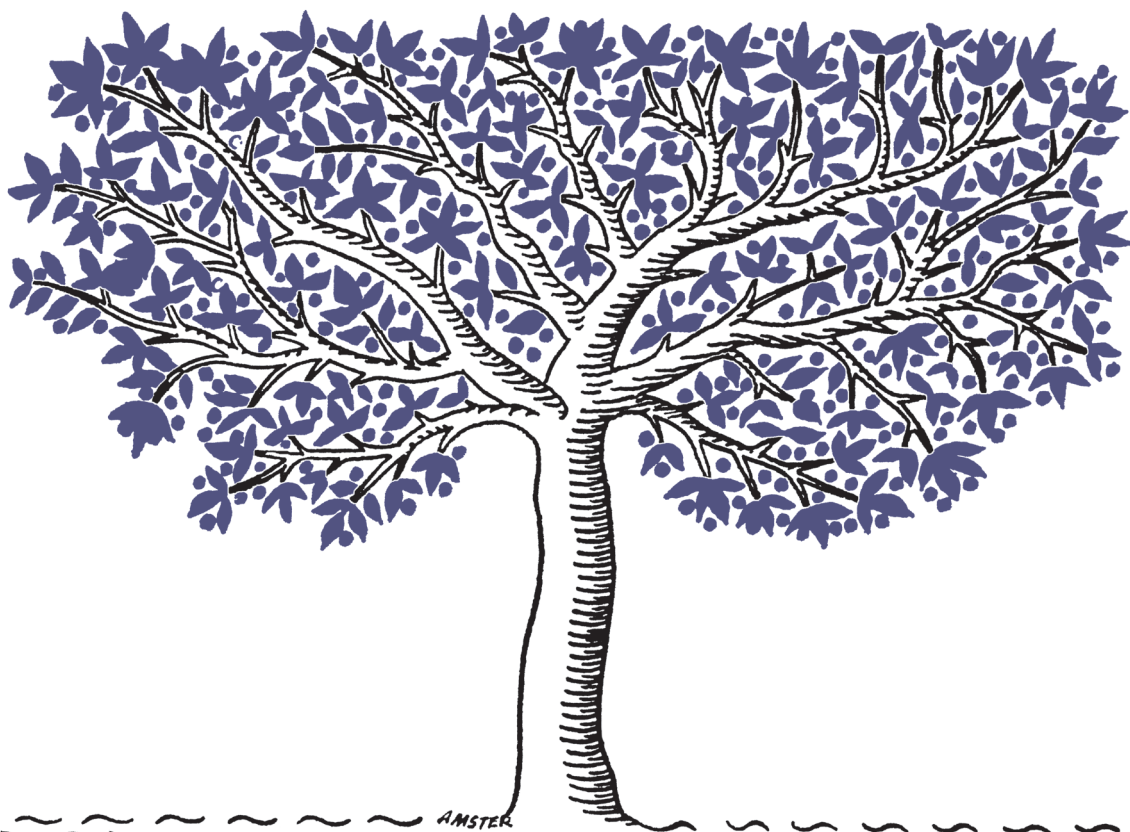


2015 / No. 77
Primer semestre



MAPOCHO

dibam

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

EL PATRIMONIO DE CHILE

*Pedro Lastra**

Me encuentro en una situación singular en este acto en el que se presenta un ensayo sobre la Historia de Chile y que, como se indica en las líneas que resumen su propósito, es “una interpretación actual de los procesos esenciales que han dado forma a la historia del país”. Sí, mi situación es singular, levemente descentrada o descolocada además, porque no soy un historiador, disciplina que admiro pero que no conozco más allá de lo que todo lector de lo suyo conoce. Y este es un libro cuyo autor es un historiador que yo estimo entre los más sobresalientes de sus pares en nuestro país.

Me siento muy honrado por su invitación a acompañarlo en esta oportunidad, compañía que solo explica o justifica el entusiasmo, el interés y el provecho con que he leído este ensayo y que le he manifestado a su autor desde los días en que me acercó este ejemplar. Expondré, entonces, a través de algunas notas dispersas, mis impresiones valorativas, mientras llega la hora del análisis más meditado y extenso que un libro como este requiere.

La lectura del índice me procuró una primera pero al mismo tiempo admirativa inquietud: acostumbrados como estamos a enfrentarnos a vastos tratados, a investigaciones totalizadoras, casi siempre muy bien documentadas, o a estudios parciales, igualmente solventes desde el punto de vista del sustento informativo sobre un período o personajes determinados, me pregunté cómo habría sido posible condensar y exponer el panorama de un acontecer histórico que se inició hace muchos siglos —en rigor, desde la aparición en este escenario de sus primeros habitantes— y finaliza con sucesos recientes que todos hemos compartido y estamos compartiendo, y esto sin que se adviertan fisuras o vacíos fundamentales en ese panorama. El índice era, es cierto, un indicador muy preciso y sugerente, cuyos catorce apartados constituían en sí mismos ensayos dentro del ensayo, por así decirlo, y anunciaban lo que en efecto había sido el esfuerzo y la conquista de una síntesis digna de imitarse. Lo he leído, pues, como el resultado de un acuerdo feliz, a mi modo de ver, entre las formulaciones que condensan la idea o el propósito de cada apartado, y las verificaciones que las corroboran. Se cumple así cabalmente en el libro lo que se adelanta en la presentación. Dice:

* Poeta y ensayista. Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Director de la revista *Anales de Literatura Chilena* y miembro del Consejo Editorial de revista *Mapocho*.

Esta obra, por la forma en que está concebida, explica los procesos esenciales que han dado forma a la trayectoria histórica de Chile, acogiendo lo que la historiografía [...] ha estudiado y difundido como historia nacional. Pero también ofrece interpretaciones que complementan, y en ocasiones cuestionan, las nociones más arraigadas sobre la trayectoria histórica de esta realidad natural y social nombrada Chile...

Es una historia mínima, dice el autor. Yo agregaría que es también una historia íntima, en la medida en que se revela en ella el tejido de los acontecimientos y se va configurando una suerte de radiografía del ser nacional, de las presiones sociales y de las tensiones consiguientes en el orden de las relaciones entre el poder político, económico, jurídico y sus irradiaciones hacia aquellos que no lo detentan y en cambio lo padecen. Con alguna pertinencia esta lectura me ha traído a la memoria otra que hice hace muchos años, y sobre todo por su título: el libro de Ch. Seignobos *Historia sincera de la nación francesa*. Cambiando lo que hay que cambiar, yo diría que este libro de Rafael Sagredo podría ser entendido también como una *historia sincera de la nación chilena*.

“Interpretaciones que complementan, y en ocasiones cuestionan” dice la presentación mencionada: Quiero insistir en esos cuestionamientos, porque este es un libro nada complaciente en su voluntad de describir y de valorar nuestro proceso histórico. Con la serenidad que da el *saber*, el autor puede y logra desplegar un cuadro verificable y objetivo de lo que han sido los pasos o estadios constitutivos de nuestra nacionalidad. Rafael Sagredo se prohíbe aquí, decididamente, toda exaltación nacionalista, a la que puede resultar proclive una relación de esta naturaleza. Al tratar asuntos tan graves como han sido los conflictos bélicos del siglo XIX, por ejemplo, es notorio el afán de imparcialidad que gobierna su relato.

Anoto otro rasgo saliente de este libro, referido al fundamento documental que subyace a sus descripciones y a sus reflexiones valorativas. Se advierte enseguida que esa base es tan amplia como sólida, pero es así como se escriben los ensayos destinados a perdurar. Un recorrido por las quince páginas de referencias bibliográficas comprueba esta afirmación. Todo estudioso o simple lector de la historia de Chile, en sus más variados aspectos, apreciará esta puntual, precisa y rica información, ordenada como para un vasto seminario totalizador o para seminarios específicos. Un solo ejemplo apunto aquí: la novedosa, reveladora exposición del significado y alcance del apartado que se titula “De colonia a república a través de los naturalistas”, que muestra cómo la obra de Claudio Gay (así como la de otros naturalistas que exploraron distintos lugares de América) delineó y contribuyó tan decididamente a la construcción de la nación y a definir su identidad.

No es menos significativo poner de relieve otro sustantivo valor de este ensayo: la cualidad de su escritura. No es fácil decir qué es un libro bien escrito —este lo es, desde luego— porque recorrer el camino señalando las pruebas de las virtudes que constituyen una escritura felizmente lograda puede exigir mucho tiempo. Yo las resumiré ahora con las notas de propiedad, fluidez y cuidadosa claridad del decir; una escritura, en suma, invitadora, que tiene en cuenta a su lector; y que se manifiesta en ese acuerdo que ya he señalado entre la formulación y la verificación; una gran economía expositiva, por ejemplo, en la ordenación y entrega de los datos —estadísticos y otros— indispensables para autorizar las conclusiones, que en este caso resultan siempre convincentes.

En el apartado “Chile, del orden natural al orden autoritario”, Rafael Sagredo resume lo que ha sido una visión del país, marcada por la posición geográfica y por su realidad natural, las cuales, dice, han condicionado su organización republicana.

La idea de este espacio natural como bendecido por la naturaleza tiene su origen en una necesidad práctica, desde la exaltación que leemos en las cartas de Pedro de Valdivia —la alabanza de la tierra— hasta *la copia feliz del Edén* que dice nuestra Canción Nacional.

Pero en efecto esa alusión no es solo una metáfora sobre las características físicas del territorio nacional, sino que se proyecta también como el desiderátum de un espacio político de libertad y de verdadero “asilo contra la opresión”.

Ya sabemos que no siempre ha sido así; que esa idea de asilo contra la opresión ha sido desmentida más de una vez, y muy cercanamente en el tiempo, por desgracia. Pero no es esto lo que me anima a detenerme en ella, sino una circunstancia literaria curiosa, que señalo aquí como tal curiosidad. Se trata de la expresión “el asilo contra la opresión”, que aparece en el coro de la canción originalmente escrita por Bernardo de Vera y Pintado, hacia 1820, y que fueron los únicos versos conservados en la letra definitiva de Eusebio Lillo. Porque ese verso es una expresión debida a don Juan Egaña, en el contexto de su discurso sobre la dignidad de la profesión de abogado, leído en la Universidad de San Felipe tal vez hacia 1804, en años en que Vera y Pintado cursaba allí sus estudios de Leyes. Es, pues, un caso de intertextualidad literaria, atraída al servicio de una representación exaltadora de una condición de lo nacional: Dirigiéndose ciceroniamente a sus discípulos de la Cátedra de elocuencia, les dijo Egaña en un momento de su discurso: “Haced de modo que el débil y el infeliz encuentren en vuestra voz *el asilo* seguro *contra la opresión*, ...” etc. Como anticipé, es esta curiosidad literaria, suscitada por la lectura de esta Historia mínima..., que me ha llevado a muchas otras relaciones: tan motivadoras me han resultado sus páginas.

He mencionado la novedad de este panorama histórico: sorprenderá a muchos la relación de lo que fue la expansión nacional en el siglo XIX, espe-

cialmente al llegar al apartado que se titula “Chile, un vasto hospital”, en el cual se procesan datos importantísimos para el estudio de las condiciones sanitarias y del estado de la salud pública en esos tiempos, en contraste con el progreso experimentado por el país en el plano de lo que ahora se llamaría macroeconómico. Otras páginas insoslayables y de gran actualidad hoy mismo son todas las que Rafael Sagredo dedica, en diversos capítulos, a la situación de la cultura y la educación, a sus avances e influencia en el discurrir de esta historia. Y hay, por cierto, mucho más.

Por esto y otras razones que se harán evidentes para su lector, pienso que este libro debería ser considerado como un indispensable manual para la educación chilena. Se insinúan tales razones en las observaciones con que finalizo estas notas, sobre lo que nuestro autor ha escrito como “Colofón”.

Esas cuatro páginas finales son notables: no solo declaran, al resumirlo, el sentido de su trabajo, sino que constituyen en sí mismas una profunda invocación o llamada a la conciencia de cada chileno a ver nuestra historia como lo que ha sido: esforzada y dolorosa, y por momentos favorecida por conquistas y éxitos parciales, pero donde aún falta mucho por construir.

Considero estas páginas como un testimonio fundamental, que deberíamos entender como una entrañable invitación a asumir la verdad de nuestra condición de chilenos, no distraídos por los espejismos de ayer y de hoy. Las leo como una declaración de principios de un historiador que ha dedicado su vida a pensar esta realidad sin limitaciones ni reduccionismos de ninguna especie, en el espacio de su libertad: un hermoso cierre, en fin, para un libro sabio y esencial.

Me parece que esa suerte de poética historiográfica, para designarla con alguna precisión, debería ser atendida de manera especial por todos nosotros: nos haría bien asumir que las representaciones idealizadas del país —la copia feliz del Edén o el asilo contra la opresión— necesitan ser examinadas con más atención y como a contraluz. Porque si esas representaciones fueron útiles para cohesionar la nación en el siglo XIX, hay que aceptar que esa ficción, indispensable en un momento clave del discurrir histórico, requiere ser considerada con espíritu más crítico pues, como dice nuestro autor, tal representación ha evolucionado “en una noción a años luz de la realidad, de la vida material de los sujetos que la componen, la sufren y la enfrentan”.

Lo dice inmejorablemente el penúltimo párrafo del ya mencionado “Colofón” de esta excelente y cautivante *Historia mínima de Chile*:

Es la evolución histórica del país, su inserción en la globalización, el fortalecimiento de las identidades locales, el doloroso aprendizaje de los derechos humanos, el obligado respeto de las minorías, el empoderamiento de los consumidores, la falta de legitimidad y representatividad del sistema

político, la creciente expansión de una clase media informada, el protagonismo de nuevos actores como los niños y las mujeres, entre muchos otros cambios de esta época, los que hacen que la historia, y la historia de Chile en concreto, se ocupe de realidades que van más allá de la loable trayectoria de lo público, del Estado, la República y la nación. Matizando, ampliando, comprendiendo, explicando no solo cómo se desarrolló el país hasta su situación actual, sino también cómo vivieron los chilenos este proceso, cómo los condicionó, enfrentando de este modo los desafíos de la vida concreta por medio del conocimiento de su historia.

Un paso en esa buena dirección es el que nos anima a dar este libro.